



Quórum Académico

ISSN: 1690-7582

quorum_academico@yahoo.com

Universidad del Zulia

Venezuela

López Villalobos, Dayana

¿Ferias o mercados? Representaciones sobre el libro, la lectura y la escritura en el marco de las ferias
del libro

Quórum Académico, vol. 11, núm. 1, enero-junio, 2014, pp. 112-134

Universidad del Zulia

Maracaibo, Venezuela

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=199031388008>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



¿Ferias o mercados? Representaciones sobre el libro, la lectura y la escritura en el marco de las ferias del libro

*Dayana López Villalobos**

Resumen

El presente trabajo se propone analizar las representaciones sociales que se tejen sobre las categorías libro, lectura y escritura en el marco de las ferias de libros que, igualmente, hemos categorizado como: públicas, privadas y alternativas. Nuestro análisis se fundamenta en un corpus de trabajo que incluye manifiestos, entrevistas e informes que documentan cada una de las experiencias abordadas: la Feria Internacional del Libro de Venezuela (FILVEN), la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, la Feria del Libro Independiente y Alternativa (FLIA) y el Festival Popular del Libro de Bogotá. Este trabajo está atravesado por el carácter experimental que aporta el haber participado, desde diferentes posiciones, en estas y otras ferias, tanto en Venezuela, como en América Latina.

Palabras clave: Ferias de libros, lectura, escritura, políticas sobre el libro.

Recibido: Noviembre 2013 • Aceptado: Marzo 2014

* Tesista de la especialización en Prácticas Sociales de la Lectura y la Escritura, Universidad Nacional de General Sarmiento (Buenos Aires, 2013).lv.dayana@gmail.com

Fairs or Markets? Representations about Books, Reading and Writing in the Context of Book Fairs

Abstract

This work attempts to analyze the social representations interwoven among the categories book, reading and writing in the context of book fairs, whether private, public or alternative. The analysis is based on a corpus that includes manifestos, interviews and reports documenting each experience in the Venezuelan International Book Fair (FILVEN), Buenos Aires International Book Fair, Independent and Alternative Book Fair (FLIA) and Bogotá's Popular Book Festival. This work is permeated by the experiential character provided by having participated in these and other fairs in Venezuela and Latin America.

Keywords: Book fairs, reading, writing, book policies.

Introducción

En un encuentro de jóvenes escritores realizado en el marco de la 21° Feria del Libro de La Habana en febrero de 2012, el maestro cubano Roberto Manzano nos decía que la literatura no puede mirarse sino bajo dos perspectivas: la literatura propiamente dicha y la vida literaria. Esta última —señalaba el escritor— tiene que ver con los espacios literarios, los concursos, las bibliotecas, las librerías y, entre otros aspectos, las ferias del libro, punto en el que nos detendremos para realizar este análisis, que se centrará en profundizar un artículo titulado “¿Ferias o mercados del libro?”, publicado en la edición N° 121 de la revista cultural *La Mancha*¹.

Empezaremos por el principio. Si nos remitimos al sentido lato de las palabras, feria nos remite automáticamente a la noción de gran mercado, y la primera acepción que el Diccionario de la Real Academia Es-

1 Disponible en <http://lamanchaimpresos.blogspot.com.ar/2012/03/la-mancha-121-febrero-2012.html>

pañola en su versión digital (2011) le asigna a este lema es, precisamente “mercado de mayor importancia que el común, en paraje público y días señalados”². Uribe Schroeder (2012) en el texto “Origen de las ferias del libro” confirma que ciertamente éstas surgen como espacios para el intercambio mercantil en la Europa del siglo XV. En ellas se registraron negocios cada vez más prósperos entre los editores, impresores y libreros. En estos espacios se consolidó la figura del librero como instancia para las ventas al por menor, y la de los distribuidores para las transacciones al por mayor. De la misma manera que se fueron delimitando los roles en torno a la comercialización del libro, se le dio estructura a las ferias tal como se le conocen hoy (Uribe Schroeder, 2012).

Aunque las ferias del libro parecen no haber abandonado el propósito comercial que originalmente las convocó, algunas de ellas se han preocupado por incorporar otros objetivos vinculados a las dimensiones del libro, la lectura y la escritura como manifestaciones culturales. Sin embargo, en la mayoría de estos eventos, los grandes grupos editoriales suelen acaparar los espacios disponibles y, en estos casos, la facturación –valga decir el factor económico– suele ser el indicador más importante para determinar el éxito de la feria.

El Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina, Cerlac (adscrito a la Unesco), tiene registradas 25 ferias internacionales en 16 países de nuestra región. Para los propósitos de nuestro análisis distinguiremos estos eventos en dos grupos: en primera instancia contamos con ferias organizadas desde el Estado, como en los casos de Cuba, Venezuela, Ecuador y República Dominicana, con sus respectivas iniciativas –FIL de la Habana, Filven, FIL de Quito y FIL de Santo Domingo–. Luego, registramos una cantidad mayoritaria de ferias realizadas

- 2 Vale destacar que en la primera edición del DRAE (1780) esta concepción de feria no existía y se le definía textualmente, en castellano antiguo, de la siguiente manera: “Qualquiera de los días de la semana, excepto el sábado y el domingo, llámase así por disposición de S. Silvestre Papa; y se dice feria segunda el lunes, feria tercera el martes.”. Es en la tercera edición del diccionario, publicada en 1791, donde se incluye como segunda acepción a la feria como mercado “para vender, comprar y trocar ropas, ganados, frutos”. (Estas versiones están disponibles en la aplicación del Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española, en: <http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUIMenuNtlle?cmd=Lema&sec=1.0.0.0.0.>)

por corporaciones, cámaras del libro, gremios editoriales u otras instancias de carácter privado, en países como Argentina, Chile, Colombia, México, Brasil, Bolivia, Panamá, Costa Rica, Uruguay, Paraguay, Guatemala y Perú³.

Por otro lado, existen algunas experiencias pertenecientes a un tercer grupo de ferias que no aparecen registradas en la base de datos del Cerlac: El Festival Popular del Libro de Bogotá, y las experiencias argentinas Libros son Córdoba, Feria de Ediciones Autogestionadas (FEA) Bahía Blanca y la Feria del Libro Independiente y Alternativa (FLIA), gestada desde Buenos Aires, pero que actualmente tiene un importante número de réplicas dentro y fuera del país⁴. La primera y la última de ellas surgen como una medida de resistencia popular frente a la feria “oficial” de Bogotá y Buenos Aires, respectivamente. Estas ferias generalmente se gestan por la necesidad de compartir experiencias comunes y autogestionar proyectos literarios y creativos desde la diversidad y la independencia respecto de entidades públicas y privadas.

En el punto céntrico de esta triple frontera se encuentran el libro y las principales actividades a las que está asociado: la lectura y la escritura. De allí que nos propongamos indagar sobre qué representaciones en torno a esta trilogía de manifestaciones culturales se construyen desde los discursos generados a partir de estos tres tipos de ferias: las privadas, las públicas y las independientes.

- 3 En países como Argentina, México, Brasil y Colombia, se realizan hasta tres eventos de carácter internacional cada año, algunos dedicados a niños y jóvenes, además de ferias organizadas en ciudades alternativas a las capitales. Ello es comprensible si tomamos en cuenta que estos cuatro países, junto a Chile y Uruguay, ostentan la mayor tradición histórica de la región en cuanto a organización de ferias del libro. La FIL de Buenos Aires, por ejemplo, celebró este año su edición número 38; mientras que la de Uruguay tiene un record de 34 ferias y la FIL de Santiago llegó a 31 ediciones hasta la fecha.
- 4 Hasta el momento se han realizado en Buenos Aires la FLIA Capital, FLIA Oeste, FLIA Quilmes, FLIA La Plata, FLIA Mar del Plata, FLIA Lanús, FLIA Morón, FLIA Luján, FLIA Ituzaingó y FLIA Burzaco; en el resto del país, las réplicas han llegado a Rosario, Chaco, Misiones, Concepción del Uruguay, Neuquén, Mendoza y Traslasierra; fuera de las fronteras argentinas se cuentan la FLIA Chile, FLIA Uruguay, FLIA Paraguay, FLIA Bogotá y en proyecto la FLIA Brasil.

Para lograr nuestro propósito realizaremos el análisis de un corpus constituido por cuatro documentos: 1) Los fundamentos presentados ante la Unesco para declarar a Buenos Aires capital mundial del libro 2011, estrechamente vinculado a la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, organizada por entes privados. 2) El artículo “FILVEN: tributo a la bibliodiversidad”, donde se entrevista a Christian Valles, presidenta del Centro Nacional del Libro, ente público que organiza la Feria Internacional del Libro de Venezuela. 3) El manifiesto internacional del Primer Festival Popular del Libro en Colombia, realizado en 2007; y el comunicado de prensa emitido en ocasión de la segunda edición de este festival en 2009, actividades que se llevaron a cabo gracias al esfuerzo de colectivos independientes. 4) Un artículo titulado “Feria del Libro Independiente”, de Martín Flores, que versa sobre la FLIA, organizada por editores, escritores y artistas independientes en Buenos Aires y sus múltiples réplicas.

¿Qué objetivos priman en la organización de una feria del libro? ¿Qué lugar ocupa el libro en cada uno de estos espacios? ¿Qué representaciones sobre la lectura y la escritura se impulsan desde cada evento? ¿Cuál es la participación de los lectores y escritores en las diferentes ferias que abordamos? Estos son algunos de los interrogantes que intentaremos responder desde el análisis de los documentos descriptos en el párrafo anterior, los cuales, a nuestro parecer, reflejan los discursos que se construyen –o no– en torno al libro, la lectura y la escritura en este particular espacio de la vida literaria: la feria.

Marco teórico

A decir del escritor colombiano Alfonso Monsalve (2008), la forma apropiada para comprender el significado de libro, no se circunscribe sólo al plano material, es decir, al libro como objeto. El autor sostiene que la sustancia del libro no es el papel ni su formato, sino el conjunto de ideas, conceptos, conocimientos y saberes condensados en él. Bajo esta noción de libro nos interesa realizar nuestro análisis del corpus, en diálogo, con lo postulado por el editor francés Gilles Colleu (2008), quien asegura que el libro, como bien cultural, corre el riesgo de convertirse en objeto de distracción y que la lectura que se hace por puro placer es reducida a un acto adquisitivo.

Esta preocupación de Colleu se emparenta con la tesis del ensayista mexicano Víctor Barrera Enderle (2008), quien en su libro “Literatura y globalización”, da cuenta del modo de cómo la economía de mercado incide en la producción literaria y en la lectura; y, al mismo tiempo, acuña el término “alfaguarización”⁵ de la literatura, para referirse a la relación entre la industria cultural y el fenómeno literario hispanoamericano, relación que estaría atravesada por el *marketing* editorial, el cual se ve desplegado en algunas ferias del libro, como veremos más adelante.

Por otro lado, y en función del análisis sobre las representaciones que se tejen alrededor de nuestros tres referentes en las ferias objeto de estudio, nos apoyaremos en los planteos del lingüista italiano Giorgio Raimondo Cardona (1995) y su coterráneo, el paleógrafo Armando Petrucci (1997). El primero considera a la escritura como “una de las formas menos igualitarias” (Cardona, 1995: 87), lo que demuestra las contradicciones y desniveles del modelo social en el cual se pone de manifiesto. Esto se condice con lo expresado por Petrucci (1997), quien plantea que casi todas las campañas de alfabetización realizadas en el mundo, incluidas las promovidas por la Unesco, han centrado sus esfuerzos en la capacidad de leer, no de escribir. Si bien, por razones obvias, la lectura siempre será una actividad más frecuente que la escritura, en tanto la obra de un autor se reproduce en múltiples ejemplares, y en consecuencia en múltiples lectores, nos interesa analizar, a la luz de los postulados de este autor, qué tan democratizado está el ejercicio de la escritura en el marco de un evento ferial.

Finalmente, retomaremos una tesis del pedagogo brasileño Paulo Freire (2010: 81), quien asegura que “la lectura del universo debe prece-der siempre a la lectura de la palabra y la lectura de ésta siempre implica la continuidad de la lectura de aquel”. Freire ubica la lectura como una actividad contrahegemónica, siempre y cuando se lleve a cabo desde una perspectiva crítica. A partir de estas teorías, que contrastaremos con los datos aportados por el Centro Regional para el Fomento del Libro en

5 Creemos que este término básicamente hace referencia a lo que otros autores denominaron la “best-sellerización” –cuyo autor Gilles Colleu (2008) atribuye a editores o profesionales del libro latinoamericanos, reunidos durante el Salón del Libro Iberoamericano en España, a finales de los 90’– y “triviallitteratur”, término recogido por Armando Petrucci en su trabajo “Leer por leer: un porvenir para la lectura (1997)”–.

América Latina y el Caribe, entidad de la Unesco competente en la materia, trataremos de dar cuenta de las representaciones en cuanto al libro, la lectura y la escritura, fomentadas en el ámbito de las ferias del libro, que este organismo tiene a bien monitorear.

La feria pública: un espacio para la rentabilidad política

Hemos señalado que para acercarnos a las construcciones discursivas que se generan en una feria del libro organizada por entes públicos, revisaremos el artículo “FILVEN: tributo a la bibliodiversidad” (Valles, 2012), que versa sobre la Feria internacional del Libro de Venezuela.

Pero antes de aventurarnos a cualquier análisis creemos necesario ofrecer una contextualización sobre la realidad venezolana en torno a la política del libro. La primera edición de la Feria Internacional del Libro de Venezuela (FILVEN) se realizó en 2005 –su antecedente fue la Feria del Libro de Caracas, realizada por primera vez en 1992–y coincidió con una etapa en la que el gobierno bolivariano había concentrado grandes esfuerzos en erradicar el analfabetismo del territorio nacional y, adicionalmente, avanzar en una política de acceso masivo a la educación en todos los niveles, tal como lo indica la nueva Constitución de la República, aprobada en 1999. Luis Britto García ilustra con cifras del Instituto Nacional de Estadísticas en el siguiente fragmento de un artículo que publicó a propósito de la FILVEN 2012, donde fue el escritor homenajeado:

A fines del siglo XX, se proyectaba una privatización del sistema educativo que lo hubiera hecho inaccesible a la mayoría de los venezolanos. Pero con la llegada al poder de la Revolución Bolivariana en 1998, el gasto educativo saltó de menos del 3% del PIB al 5,4% en 2000 y al 6,3% en 2008. Gracias a la Misión Robinson, Venezuela alfabetiza 1.678.671 personas para 2009 para erradicar el analfabetismo. En 1990, sólo 39,96% de los niños asistían al preescolar; en 2008 concurre más del doble, el 84,8%. Para 1998-1999, sólo el 53,41% de los niños en edad escolar asistía a la educación inicial pública; para 2008, lo hacen el 84,8% (...) En 1988 sólo el 18% de los jóvenes estaban matriculados en el sistema educativo, para 2008 es el 42,37%. En la última década el gobierno ha creado 15 nuevas universidades; la matrícula universitaria se

duplicó de 894.418 educandos en 2000 a 2.109.331 en 2009. En Venezuela estudian 9.329.703 personas: uno de cada tres venezolanos en un país de más de 27 millones de habitantes. La inmensa mayoría de los establecimientos en todos los niveles son públicos y por tanto gratuitos; el acceso a la educación está universalmente garantizado (Britto García, 2012).

Con respecto a las políticas vinculadas al libro, el Estado venezolano también obtuvo resultados positivos para mostrar en la última década. Según Britto García (2012), las instituciones públicas de Venezuela editaron 38 títulos en 2000, mientras que para 2006 realizaron 1022, y en 2008 se imprimieron 829 títulos⁶. El autor destaca aún más las cifras en cuanto a ejemplares impresos, que pasaron de 65.800 volúmenes en 2000 a 5.038.880 para el 2008.

El Estado venezolano parece realmente preocupado por acercar al pueblo a la lectura. Ello se evidencia en estas cifras de productividad editorial masiva y accesible, a lo cual se le suma que el presidente de Venezuela, Hugo Chávez, ha planteado en su programa de gobierno para el período 2013-2019 incrementar la producción y distribución de bienes culturales en el país, a través de la producción de 15 millones de ejemplares del sistema masivo de revistas, a razón de 2.500.000 por año; además del aumento del 200% en la producción de libros. Al mismo tiempo, el primer mandatario se propone aumentar la infraestructura cultural disponible, con la construcción de 336 salas de libros-lectura, una por municipio (Chávez Frías, 2012).

No obstante, coincidimos con el escritor argentino Ricardo Piglia (2011: 15), cuando dice, sobre esta política del libro impulsada por el gobierno venezolano, que “no porque los libros estén baratos, la gente va a leer”, insistiendo en que hace falta una política más compleja. “¿Qué quiere decir que la gente acceda a la lectura? ¿Qué cosas hacemos para hacer llegar la lectura?” (Piglia, 2011: 15) son cuestiones que el autor se plantea y que, a nuestro juicio, reflejan cuál es la tarea pendiente de la política venezolana en torno al libro y la lectura, cuya máxima expresión se

6 Según datos del Cerlac, en Venezuela se produjeron en total 3.746 títulos en 2010. Si cruzamos esta cifra con las que nos acerca Luis Britto García, se evidencia una amplia participación del Estado en el espectro editorial.

pone de manifiesto en la FILVEN, donde el pueblo acude masivamente a recibir el libro de distribución gratuita⁷ del año, se congregan para conseguir libros verdaderamente accesibles⁸; pero, al mismo tiempo, este espacio no parece haber consolidado una tribuna permanente para ejercitar la lectura y la escritura.

Parece necesaria una revisión de esas políticas para no perder el objetivo primordial que es la promoción de la lectura y la escritura en función del pensamiento crítico. Una preocupación que compartimos con el sociólogo chileno-colombiano, Darién Giraldo Hernández, cuando afirma que “los modelos en que se fundan las principales estrategias educativas en gran número de países de América Latina en la actualidad, se proponen desarrollar la lecto-escritura hasta fases que en la práctica no trascienden la estricta comprensión del texto informativo” (Giraldo Hernández, 2009: 3).

A decir de Christhian Valles (2012) presidenta del Cenal, la FILVEN rinde tributo a la “bibliodiversidad”, término que el editor francés Colleu (2008: 30) define como “una noción concreta que aplica el término de biodiversidad (diversidad de las especies presentes en un medio determinado) al libro (diversidad de los libros presentes en un contexto determinado). Esto remite a la necesidad de diversidad de las producciones editoriales”. La afirmación de Valles sitúa al Estado venezolano en una posición con respecto a la política del libro: hay que diversificar la producción.

En función de esa diversificación a la que se refiere Valles (2012: 3), el Estado venezolano ha desarrollado una política que, en su opinión, ha convertido al sector público en “el editor más grande que tiene el país”. El sector privado se queja, pues las condiciones son más favorables al gobierno-editor, que tiene recursos para invertir, además de una política de subsidio al libro que los hace más accesibles al público. Entonces, el sector privado ha tenido que entrar a participar en la FILVEN bajo las condiciones que impone la política gubernamental, rediseñando sus políticas editoriales para no quedarse fuera. Pero esta carrera por la producción de libros, insistimos, no garantiza que se esté leyendo.

7 El 18 % de la población lectora de Venezuela ha recibido libros donados por el Estado, según cifras del CERLAC.

8 Tanto en la FILVEN, como en las 51 librerías creadas por el Estado venezolano, se consiguen libros desde 1 Bolívar (aproximadamente 0,25 dólares).

Si bien no es criticable la política editorial del gobierno venezolano, hace falta observar la necesidad de complementar esa política con programas igualmente eficaces para fomentar la lectura y la escritura; y, si es cierto que existe un Plan Nacional de Lectura, que incluye diversas iniciativas, estas no han logrado la sintonía con el volumen de libros que se ha puesto a disposición del pueblo venezolano.

“La FILVEN sigue creciendo, consolidándose como una feria a la que vale la pena asistir, según la perspectiva de los editores nacionales e internacionales. Es una feria abierta donde hay de todo y se le rinde tributo a la bibliodiversidad”. En estas palabras de Valles (2012: 2), recogidas en la entrevista que analizamos, advertimos un énfasis en la preocupación por el libro, desde la perspectiva editorial, y no de los lectores. Al respecto, la presidenta del Cenal aseguró que “en esta feria se venden libros porque la gente está leyendo más” (Valles, 2012: 2) y agregó que a su juicio el acercamiento a la lectura pasa por la necesidad de generar la capacidad de compra para adquirir los libros. Con esta afirmación se estaría reduciendo la lectura a un acto adquisitivo, como lo apunta Colleu (2008).

Otro indicio de nuestra afirmación, es que la responsable del Cenal, asegura que la feria “no se limita a la venta de libros, pues la demanda de solicitudes para presentaciones de libros es cada vez mayor” (Valles, 2012: 2). Otra vez el libro es el centro de la feria, y no sus lectores. Aunque es de reconocer que la FILVEN contempla una programación de formación. Según la nota incluida en el corpus, en esta octava edición, la feria organizó talleres de narrativa, edición literaria, crónica y apreciación cinematográfica –que constituye también una actividad lectora–, ofreciendo así a sus visitantes un acercamiento a la lectura y la escritura, no sólo desde la representación de compra-venta de una obra.

Por otro lado, cuando Valles (2012: 2) reconoce que “en el mundo entero la gente busca Monte Ávila o Biblioteca Ayacucho⁹, pero ese fenómeno no lo hemos logrado con nuestros escritores”, confirma que la política editorial venezolana, incluida la FILVEN como espacio donde ella se muestra cada año, ha centrado sus esfuerzos en el libro, y no en los escritores y lectores. Aun cuando el Estudio del Comportamiento Lector

9 Monte Ávila Editores Latinoamericana y Biblioteca Ayacucho son las editoriales más importantes de Venezuela. Ambas pertenecen al Estado.

(Cenal, 2012) indica que el 82.5% de los venezolanos se declara lector de alguna publicación, y de este porcentaje el 50,20% afirma leer libros, es preocupante encontrar en esta misma encuesta que el 32.4% de las personas que leen, declararon no haber leído ningún libro en el último año; y otro 20,4% de los lectores reconoce que sólo leyó un libro en el mismo período. Otro dato: sólo el 20,4%, dice leer libros a diario, mientras que el 62,4% leen todos los días el periódico. De manera que ciertamente la publicación de muchos libros no garantiza su lectura.

En la ficha correspondiente a la FILVEN que nos ofrece el Cerlac, podemos leer que “esta feria tiene un marcado carácter social pues el pueblo venezolano puede adquirir los títulos que desee a un bajo costo con el fin de elevar los índices de lectura” (Uribe Schroeder, 2012: 152). Desde el Estado, el libro es considerado una herramienta para la emancipación de los pueblos; existen políticas de producción y difusión de autores y autoras nacionales, como plataforma para promover la creación literaria propia del país. Pero no basta sólo con poner los libros en manos del pueblo. Los primeros pasos ya se han dado, con la alfabetización y las ediciones masivas. Hace falta consolidar una estrategia que realmente promueva la lectura en la mayor parte de la población.

La feria privada: un espacio para la rentabilidad económica

Para acercarnos a las representaciones que sobre el libro, la lectura y la escritura se generan en el marco de una feria privada, analizaremos un documento presentado ante la Unesco para justificar la declaración de Buenos Aires como capital mundial del libro 2011. Allí se hace un recorrido histórico sobre el mundo del libro en Argentina, incluyendo la Feria del Libro de Buenos Aires y los organismos que hacen posible este evento.

El documento señala que esta feria es organizada por la Fundación El Libro, y siendo una de las más antiguas de la región, se ha consolidado como uno de los eventos culturales más importantes de América Latina (Uribe Schroeder, 2012). En el texto que analizamos se ofrece una breve reseña sobre esta feria, la cual transcribimos a continuación:

“La Feria Internacional del Libro de Buenos Aires se realizó por primera vez en 1975 y se ha convertido en una importante muestra de editoriales y autores, con más de un millón de

visitantes anuales y en la que los lectores pueden acercarse a los más variados temas del pensamiento de actualidad" (negritas de la autora) (Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2011: 8)

Este fragmento no sólo nos da la posibilidad de conocer datos históricos sobre esta iniciativa, sino detectar en el discurso algunas cuestiones. En primer lugar, no se deja lugar a dudas de que la feria de Buenos Aires constituye una estrategia de *marketing*, cuando se le considera, en primera instancia, como "una muestra de editoriales y autores" hacia los "más de un millón de asistentes" que acuden a la cita; asistentes que para acceder a la feria tendrán que haber abonado una entrada de entre 20 y 26 pesos cada uno, lo cual se traduce en un ingreso de al menos 20 millones de pesos sólo por concepto de boletería para la Fundación El Libro, organización que se autodenomina en el mismo documento como una "organización sin fines de lucro".

Además de los ingresos por concepto de boletería, la Fundación El Libro recibe una importante suma por el alquiler de los stand disponibles en los 45.000 mt²; el alquiler de espacios/hora para presentaciones de libros, actividades culturales y formativas en los salones dispuestos para tales fines; así como los ingresos por el pago de aranceles por parte de los participantes de las diferentes actividades formativas que organiza la fundación dentro del cronograma ferial.

Por otro lado, el documento en cuestión señala que la Fundación El Libro está integrada a su vez por la Sociedad Argentina de Escritores (Sade), la Cámara Argentina del Libro (CAL), la Cámara Argentina de Publicaciones (CAP), el Sector de Libros y Revistas de la Cámara Española de Comercio, la Federación Argentina de la Industria Gráfica y Afines (Faiga), y la Federación Argentina de Librerías, Papelerías y Afines (Falpa). Estas organizaciones, grosso modo, velan por beneficios gremiales para los escritores, además de pujar por reivindicaciones jurídicas, arancelarias, financieras y fiscales en función de optimizar el negocio editorial.

Si estos son los actores que se preocupan por acercar a los lectores "los más variados temas del pensamiento de la humanidad", es una cuestión digna de análisis; sobre todo, a la luz de lo postulado por Barrera Enderle (2008), quien postula que las ferias del libro han generado un desplazamiento de sentidos al interior de las relaciones entre los autores, las editoriales, las obras y los lectores. En ese sentido, el autor agrega que

“bajo la divisa de «más títulos al alcance de todos», el *marketing* editorial (con)funde autor con obra, y presentación de libros con su reflexión crítica, y trueca el antiguo editor por el moderno agente-representante” (Barrera Enderle, 2008: 40).

De allí que podamos inferir que “los más variados temas del pensamiento de la humanidad” que desde la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires se ponen a disposición de los lectores, serán aquellos que generen mayores dividendos a las corporaciones que promueven esta iniciativa. Al respecto, Barrera Enderle (2008: 40) plantea una preocupación:

“El valor literario es inasible y no se puede capturar con un código de barras; pero no es el valor lo que está en discusión aquí, sino los efectos, tanto en autores como en lectores, de la nueva dinámica editorial desarrollada por el auge actual de la industria cultural”.

A esto es lo que el escritor llama «alfaguarización». Esta preocupación de Barrera Enderle podemos extrapolarla a las ferias del libro como espacios culturales que, a nuestra consideración, en América Latina se encuentran en medio de una pugna entre lo público y lo privado, en una carrera por conquistar estos espacios, como vitrina mercantil, por un lado, y de gestión cultural de los gobiernos, por el otro. Así como en el caso venezolano el Estado nacional es el que ostenta la mayor incidencia en el sector editorial del país, en el caso argentino el mundo del libro se encuentra dominado por intereses privados; en consecuencia, cada cual ejerce su dominio sobre los contenidos que circulan en las ferias del libro que organizan.

Otro elemento que podemos sumar a este análisis es que la ficha técnica de la FIL-Buenos Aires contenida en el manual diseñado por el Cerlac, apunta que los objetivos de esta feria son los siguientes:

“Exposición y venta de libros. Promoción y difusión de la oferta editorial argentina y de los países participantes. Actividades de negocios y networking para profesionales (tres días). Feria para el público en general (18 días). Actividades de formación y capacitación profesional para editores, librerías, bibliotecarios, ilustradores, docentes, narradores. Cursos y talleres sobre autores y temas para el público en general” (Uribe Schroeder, 2012: 126)

Nótese cómo estos objetivos refuerzan la tesis según la cual en una feria privada, como la de Buenos Aires, priman los propósitos mercantiles, en correlato con los intereses particulares de los grupos editoriales que la organizan. Es decir, los mayores esfuerzos se centran en optimizar el negocio editorial, apostando por una rentabilidad económica, a partir de la promoción y difusión de sus productos, la concreción de negocios y la capacitación de profesionales del sector.

Cuando revisamos los propósitos que se plantearon ante la Unesco para declarar a Buenos Aires capital mundial del libro en 2011, encontramos objetivos equivalentes. Como primer punto este documento (Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. (2011: 2). propone “fortalecer la industria editorial y gráfica, así como las redes de venta y circulación del libro”. Y en segundo lugar aparece la lectura, cuando se plantea “sostener la importancia de la lectura como vínculo de integración social y cultural”, tal como lo enuncian los postulados de la Unesco y del Cerlac. La lectura aparece, como vemos, en segundo plano. El negocio editorial se mantiene como prioridad. La escritura ni siquiera es considerada.

Para finalizar, es importante destacar las condiciones restrictivas que suponen la visita a una feria del Libro como la de Buenos Aires. Además del acceso tarifado, como lo mencionamos antes, los resultados de la Encuesta a Librerías, realizada por el Ministerio de Hacienda del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (2012), para el cuarto trimestre de 2011 los libros en la ciudad capital costaban en promedio 58,5 \$ por ejemplar, que se traducen en 11,8 USD (dólares americanos). En ese sentido, se discriminó que los libros de origen nacional llegaron a un promedio de 50,9\$, y los internacionales a una media de 74,4 \$. Estos precios hacen que el libro sea cada vez más inaccesible para los lectores argentinos, que no cuentan con una política como la del Estado venezolano, que puso a disposición del pueblo una profusa oferta literaria desde 0,25 USD por ejemplar.

A pesar de estas cifras, Argentina, con sus 41 millones de habitantes, se erige como uno de los países de América Latina donde más se lee. Ostenta un promedio anual de 4,6 libros leídos por habitante y 3,2 libros comprados por cada ciudadano. Adicionalmente, el 75% de los hogares argentinos cuentan con una biblioteca constituida por al menos 50 libros (Cerlac-Unesco, 2012).

La feria independiente: un espacio para la rentabilidad social

En este apartado nos corresponde realizar un acercamiento a un tercer grupo de ferias cuyo criterio básico es la independencia organizativa, respecto de entidades públicas y actores privados vinculados a la llamada industria cultural. Es de destacar que observamos en estas actividades una circulación de materiales producto de la creación de grupos y personas que funcionan con ese mismo criterio de independencia; además, en una feria del libro independiente, no sólo encontraremos la palabra hecha concreción en libros, sino bajo otros formatos como la música, el teatro, el mural, la serigrafía y otras creaciones artesanales utilitarias como indumentaria, alimentos y encuadernaciones.

Para realizar nuestro análisis abordaremos dos experiencias, a partir de algunos documentos generados desde estos espacios. En primer lugar analizaremos el artículo “Feria del Libro Independiente”, firmado por Martín Flores y publicado el 03 de agosto de 2007 en el blog de la FLIA (Feria del Libro Independiente y Alternativa), que es una experiencia gestada en Buenos Aires, con múltiples réplicas dentro y fuera de la Argentina. Adicionalmente revisaremos el Manifiesto Internacional del Primer Festival Popular del Libro (2007), fechado el 06 de mayo de 2007 en Bogotá, Colombia; a este sumaremos el comunicado correspondiente a la segunda edición de este festival, celebrado durante agosto y septiembre de 2009.

En primera instancia, traeremos a cuento un planteo de Petrucci (1997) quien afirma que el cuadro de la producción y de la circulación de libros en el ámbito de la cultura escrita occidental, parece dibujar un continente armoniosamente homogéneo, que estaría fundado sobre un canon y unas reglas universalmente aceptadas; sin embargo, al decir de Petrucci (1997: 530), esta aparente situación se ve desmentida por “recurrentes síntomas de desestabilización y por continuas alarmas de crisis que conciernen tanto a la editorial como a la lectura”.

Por otro lado, Petrucci (1997) afirma que estos síntomas de rechazo al “canon” tradicional, han generado la aparición de sectores del público cada vez más conscientes, condicionados, no por el mercado, sino por orientaciones ideológicas propias. Estos sectores de los que habló el paleógrafo italiano a fines de los 90, parecen verse reflejados en los que hoy toman iniciativas como la de organizar una feria del libro para difundir

sus propios contenidos. Esto puede verse como un síntoma, no sólo de rechazo al “canon”, sino también como un síntoma de rechazo al arte y a la cultura como objeto negociable en determinado mercado.

Comenzando el análisis de los textos, la primera observación que podemos hacer sobre las dos experiencias en estudio, es cómo los organizadores del Festival Popular del Libro de Colombia, se plantean esta jornada como una alternativa frente a la feria oficial, cambiando incluso el nombre con el cual se designan. Es así como deciden autodenominarse “festival” y no “feria”, que como ya dijimos tiene una histórica connotación mercantil. “Festival”, en cambio, sugiere un evento festivo, y es definido por el DRAE como “conjunto de representaciones dedicadas a un artista o un arte” (Real Academia Española, 2011). Esto nos permite observar una actitud claramente concordante con el cambio de paradigmas que se promueve desde estos espacios.

Por otro lado, ambas experiencias parten de una visión sobre lo artístico y cultural, donde están involucradas las actividades de lectura y escritura, y esta visión es la que motoriza la vinculación de diversos colectivos en torno a la organización de una feria del libro como esta. En ese sentido, podemos observar una primera coincidencia que tiene que ver con las concepciones sobre el arte y la cultura que se construyen desde estas ferias. Por un lado, Flores (2007) afirma que “el arte es débil cuando solamente emerge como una manifestación lúdica o estética, o como otro artículo de consumo orientado a las vulgares vidrieras de los shoppings”. Esto se pensaba en Buenos Aires y al mismo tiempo en Bogotá, donde los organizadores del Primer Festival Popular del Libro, expresaban lo siguiente en un manifiesto:

“La cultura como derecho de los pueblos no debe estar sometida a un modelo económico que convierta en mercancía los procesos de creación, las riquezas artísticas y culturales, los conocimientos tradicionales; ni puede dejarse permear por políticas multinacionales ni por prácticas colonialistas que van en detrimento de la diversidad cultural y que no permiten el acceso, ni la difusión de manifestaciones artísticas producidas por grupos diferentes a la cultura homogeneizante, imperante o impuesta por aquellos que tienen el manejo de los medios de producción y de información” (Primer Festival Popular del Libro de Colombia, 2007: 1).

En los documentos se evidencia, además, una coincidencia con respecto al planteo según el cual la obra y la cultura son tales en tanto funjan como manifestaciones de la condición humana, donde quien se expresa en la obra o en el libro, no es un autor, sino la sociedad significada a través del lenguaje, por lo que la expresión artística se convierte en expresión inapelable de la realidad. ¿Qué tipo de arte –se pregunta Flores– es aquel que se desvincula de las tragedias y los sueños, las desventuras y las esperanzas de la gente de su tiempo?

Flores (2007), en el caso de la FLIA, se dedica en este artículo a historiar esta experiencia, haciendo un recorrido por el mundo literario desde la antigüedad, hasta la Argentina contemporánea y el surgimiento de este movimiento latinoamericano que es hoy la FLIA. Dice el autor que los artistas de las comunidades indígenas americanas y de las sociedades tribales africanas reflejaban en sus obras las metáforas colectivas de su pueblo, y se consideraban voceros de sus semejantes ante los dioses o la naturaleza. “Esa es la función del creador”. El escritor agrega que “durante los 60’ y los 70’, la poesía, el arte y la creación en general (...) se erigieron en herramienta de pelea, de lucha y resistencia para las generaciones que buscaron construir una sociedad diferente” (Flores, 2007).

Los 80 están descritos por Flores como un período donde surgió en la Argentina la cultura “under”, un período que abrigaría la poesía derrotada en épocas anteriores. Y los 90 el autor los caracteriza como los años durante los cuales se impusieron los escribas y fariseos.

“Las editoriales y compañías discográficas se adueñaron de todo y centralizaron en una cumbre exitista a los artistas elegidos. Las publicidades construyeron el altar de los triunfadores, cuyos rostros invadieron el espacio público en todo tipo de formato, desde remeras hasta vasos, desde cartucheras y posters hasta etiquetas de gaseosas y tapas de revistas (...) Estas grandes compañías de discos y libros trazaron una imaginaria frontera entre lo que debía ser divulgado y lo que no. Miles de talentosos creadores vieron truncada la posibilidad de difundir lo que hacían, y las grandes empresas, cegadas por buscar éxitos masivos, se vieron esterilizadas por su propio afán mercantilista y ya no fueron capaces de reconocer nuevos artistas” (Flores, 2007).

Flores (2007) es de la opinión que esta situación, aunada al acceso masivo a la tecnología informática, permitió que los creadores empezaran a difundirse a sí mismos de manera independiente y autogestionada; luego de la coyuntura política del 2001 en Argentina, estas individualidades se sumarían a experiencias colectivas, caldo de cultivo de donde surge la FLIA, un proyecto donde el libro se deslinda del celofán mercantil y, donde el autor, como también señala el Manifiesto de Bogotá del Primer Festival Popular del Libro (2007), es sólo un emisario de su tiempo y de su espacio.

Nótese cómo estos documentos reflejan poco o nada sobre el libro como materia, en cambio lo involucran como un acto creador que debe estar comprometido con el ser humano, no con un capital. En ese sentido, el Manifiesto de Bogotá del Primer Festival Popular del Libro (2007: 2) expresa: “Nosotros ofrecemos la poesía como forma de expresión del sentir de nuestros pueblos, nuestras gentes, nuestra cultura y nuestro porvenir”. Al mismo tiempo, este documento reivindica la necesidad de construir un pensamiento latinoamericano a través de lo estético, que nos hermane en lo cultural y en lo artístico como un solo pueblo. Y en la FLIA también vemos este discurso en la práctica; si bien esta iniciativa surgió en Buenos Aires, sus precursores no se han negado a la posibilidad que se organicen FLIAS en otros lugares del país y de América Latina, lo cual ha construido un espacio de encuentro que en cierto modo desdibuja las fronteras geográficas a través de la creación. En la misma tónica, rescatamos un fragmento del que hemos llamado Manifiesto de Bogotá:

“Los países de América latina cuentan con procesos culturales y artísticos que les han otorgado su fuerza histórica. El rescate de la identidad americana a través del arte y la cultura, requiere de espacios donde los artistas, poetas, escritores, gestores y demás protagonistas de los procesos culturales, compartan sus experiencias con el público en general y principalmente con los sectores populares, abriendo un espacio en el que el libro, la obra de arte, los medios de expresión, sean conocidos y apropiados por sus verdaderos inspiradores y destinatarios: los pueblos, las comunidades, los estudiantes, los maestros, el hombre común, de la ciudad y del campo (Primer Festival Popular del Libro de Colombia, 2007: 2).

Esta constituye una visión totalmente opuesta a la que se plantea desde una Feria Internacional del Libro, como la de Buenos Aires, la cual en su sexta edición, realizada en 1980 enarboló el lema: “Al encuentro de dos mundos: La gesta española en América”, en cuya justificación se puede leer el fragmento que sigue: “Los dos mundos buscándose para ser uno, y la epopeya haciéndolo cierto; la nave cruzando los mares en los albores del siglo XVI y uniendo dos civilizaciones” (Fundación el Libro, 2013). No hace falta traer a colación la histórica discusión sobre si fue un “encuentro” o una “invasión” lo que ocurrió en América con la irrupción del imperio español, pero bajo esta perspectiva de la colonización es imposible apostar por la construcción de un pensamiento latinoamericano.

Desde iniciativas como el festival colombiano-latinoamericano y la FLIA, es que se pretenden desmoronar los discursos dominantes. La FLIA con su premisa de realizar cada edición en un espacio tomado por la comunidad o en una fábrica recuperada por sus trabajadores, para darle visibilidad a estas luchas; y en el caso colombiano, el hecho de plantear talleres de creación literaria y de comunicación para que los pueblos tengan las herramientas para narrar y escribir sus historias, como una contribución a la reivindicación de la memoria, derecho inalienable de las víctimas de los crímenes de Estado (II Festival Internacional y Popular del Libro, 2009); es un acto que, cuando menos, pone a la lectura y a la escritura al servicio de la humanidad, no en detrimento de ella.

Estas experiencias, además, ponen el mismo énfasis en la lectura y en la escritura, esta última, a juicio de Cardona (1995) y Petrucci (1997), goza de menor atención y refleja las inequidades persistentes en una sociedad.

Por otro lado, podemos agregar que con experiencias como la de Colombia, donde a partir de la lectura de una realidad, como el conflicto armado en ese país, se pretende construir un discurso desde sus propios protagonistas. Esto se condice con la visión de Freire (2010: 81), quien, como mencionamos antes, cree que “la lectura del universo debe preceder siempre a la lectura de la palabra y la lectura de ésta siempre implica la continuidad de la lectura de aquel”. Es en ese orden que creemos se promociona la lectura y la escritura desde esta experiencia.

Para finalizar cerraremos con unas preguntas-reflexiones que plantea Martín Flores (2007) a los empresarios televisivos y las corporaciones, en su artículo sobre la FLIA: ¿Qué pasa que la gente se junta sin us-

tedes? ¿Qué pasa que la gente crea a pesar suyo? ¿Qué pasa que la gente se vincula, se encuentra, se busca más allá de los palurdos referentes que ustedes promocionan? Para tranquilidad de muchos, este trabajo evidencia que no sólo en Buenos Aires pasan estas cosas. Pero debemos rescatar el carácter sostenido que ha tenido la FLIA, sin que para ello haya tenido que ceder en la condición de independencia con respecto a las corporaciones y las entidades públicas. Por su parte, es meritorio reconocer el trabajo que implica organizar un festival como el de Colombia, en las condiciones de represión que atraviesa el pueblo colombiano, debido a una política de “seguridad” de Estado en constante violación de los derechos humanos.

Conclusiones

Partiendo del análisis realizado podemos inferir, en primera instancia, que si bien el CERLAC ha postulado la necesidad de que las ferias del libro deben fungir como espacios para la promoción de la lectura y —en cierto modo— de la escritura, las ferias internacionales a las cuales hace seguimiento están mucho más lejos de cumplir ese propósito, que las ferias de carácter independiente, las cuales, a pesar de ser organizadas desde la autogestión, y quizá por esta razón, se preocupan por mantener espacios para fomentar la reflexión y el trabajo creador.

En su “Manual para expositores y visitantes”, el Cerlac (2012) plantea que, si bien los escritores son las atracciones principales de una feria del libro, no se debe transformar a los autores en celebridades, pues se corre el peligro de desestimar la relevancia del contenido de la obra. En ese sentido, vemos con preocupación que —tanto desde las ferias privadas como desde las públicas se fomenta la proyección mediática de autores, por ejemplo, con acciones como declarar “escritor homenajeado” de una feria a determinado creador; acción que a nuestro juicio resta importancia a otros creadores y principalmente a los lectores, que deben ser co—protagonistas de una actividad como esta.

Las cifras mostradas sobre los hábitos de lectura, en los países abordados, confirman nuestras observaciones respecto de la política del libro en Venezuela, donde el mejoramiento de las condiciones de acceso al libro no garantizan que se lea más, pues en Argentina, aunque las condiciones son más restrictivas, los hábitos de lectura son más altos en la

población, y esto, creemos, se encuentra más vinculado a un proceso histórico de formación, que a una política de producción masiva de títulos, de la cual no negamos que también debe existir.

Para ilustrar otra de las conclusiones de este trabajo, retomaremos las palabras de Zuleica Romay (2012: 8), presidenta del Instituto Cubano del Libro, quien ha dicho que “en Cuba el libro nunca será mercancía en primer lugar, sino en último”, frase que resume el lugar que no tiene el libro en una feria pública como la cubana o la venezolana, ya que en ocasión de ellas se editan títulos de distribución gratuita, y los precios de los libros a comercializar son bastante accesibles a los lectores y lectoras.

Finalmente, debemos advertir que hay un movimiento que emerge fuera del burocratismo y el celofán mercantil, gestado a partir de la conjunción de voluntades que fluyen para darle al libro una vida literaria más digna, en un entorno de relaciones profundamente emancipadoras del hombre y la mujer, que transforman su realidad a través de la palabra escrita, leída, pintada, recitada, cantada, manoseada de todas las formas posibles; espacios donde es el pueblo el que dice, el que crea, el que se lee a sí mismo, en total libertad e independencia, con la consciencia de que no se puede permitir que, entre lo privado y lo público, el libro fluya inerte, sabiéndose impunemente utilizado para generar números estadísticos y dividendos.

Referencias bibliográficas

- Barrera Enderle, Víctor (2008). *Literatura y globalización*, La Habana, Casa de las Américas.
- Britto García, Luis (2012). “La fiesta de los libros”. Disponible en: luisbritogarcia.blogspot.com. (Consulta: 2012, marzo 5)
- Cardona, Giorgio Raimondo (1995). *Antropología de la escritura*, Barcelona, España, Gedisa.
- Cenal (2012). Centro Nacional del Libro. Disponible en: <http://www.cenal.gob.ve/cenal2011/sites/default/files/files/ESTUDIO%20DEL%20COMPORTAMIENTO%20LECTOR.pdf> (Consulta: 2012, noviembre 15).
- Cerlac-Unesco. (2012). *Lectura, escritura y bibliotecas. El libro en cifras*, 1, 10-14.

- Chávez Frías, Hugo (2012). Propuesta del Candidato de la Patria Comandante Hugo Chávez, Caracas, Comando de Campaña Carabobo.
- Colleu, Gilles (2008). La edición independiente como herramienta protagónica de la bibliodiversidad, Buenos Aires, La marca editora.
- Diccionario Real Academia Española (DRAE) (2011). Disponible en: <http://www.rae.es/rae.html> (Consulta: 2011, noviembre, 12)
- Flores, Martín (2007). "Feria del Libro Independiente". Disponible en: <http://feriadellibroindependiente.blogspot.com.ar/2007/08/feria-del-libro-independiente.html> (Consulta: 2012, febrero 23).
- Freire, Paulo (2010). La importancia del acto de leer. Cuadernos de educación N° 153, 71-83.
- Fundación El Libro (2013). La feria y sus lemas. Disponible en: <http://www.el-libro.org.ar/internacional/general/lemas-de-la-feria.html> (Consulta: 2014, marzo 12)
- Giraldo Hernández, Darién (2009). Ponencia: Argumentación y pensamiento crítico en la educación, de la adaptación a la transformación del contexto. Bogotá, Colombia. Presentada en el V Congreso Internacional de la Cátedra UNESCO para el Mejoramiento de la Calidad y Equidad de la Educación en América Latina, celebrado en Venezuela.
- Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (2011). Buenos Aires, Capital mundial del libro 2011. Disponible en: <http://www.capitaldellibro2011.gob.ar/archivos/fundamentos-unesco.pdf> (Consulta: 2011, noviembre 13).
- Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (Septiembre de 2012). Resultados de la Encuesta a Librerías. Cuarto trimestre de 2011. Disponible en: http://www.camaradellibro.com.ar/images/stories/Panorama_Editorial/Informes%20CEDEM/2012.12.05.%20ENLI%20Resultados%20Cuarto%20Trimestre%202011.pdf (Consulta: 2012, diciembre 19).
- II Festival Internacional y Popular del Libro (2009). Se inaugura el II Festival Internacional y Popular del Libro en Colombia. Bogotá, Colombia. (Gaceta sobre el evento enviada vía electrónica)
- Monsalve, Alfonso (2008). Palabra (im)presa, Quito, Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura.
- Petrucchi, Armando (1997). "Leer por leer". En Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, Historia de la lectura en el mundo occidental, Madrid, Taurus.
- Piglia, Ricardo (2011, septiembre). "Todo parece siempre más urgente que la escritura". 14-15. Caracas, Venezuela: Sistema Masivo de Revistas de la Cultura.
- Primer Festival Popular del Libro de Colombia (2007). Manifiesto del Primer Festival Popular del Libro de Colombia. Bogotá, Colombia.

- Romay, Zuleica (2012). En Cuba el libro nunca será mercancía. La Habana, Cuba, diario Juventud Rebelde. P. 8
- Uribe Schroeder, Richard (2012). Origen de las ferias del libro. En Richard Uribe Schroeder, Fernando Zapata López, Bernardo Jaramillo Hoyos, Fabiano Dos Santos Piüba, Mónica Torres Cadena, J. C. Rueda Azcuénaga, y otros, Las ferias del Libro. Manual para expositores y visitantes (pp. 21-31), Bogotá, Cerlac-Unesco.
- Valles, Christian (2012, marzo 9). FILVEN: tributo a la bibliodiversidad. (O. Far-netano, entrevistador) Caracas, Venezuela, diario Ciudad Caracas. pp. 2-3.